

LEGADO DE D. MANUEL GARCIA BLANCO

Madrid 14 de Julio de 1913

¡BIENAVENTURADOS LOS POBRES!

(Unas rimas brevemente comentadas)

Cruzan los sin patria; esto es, sin trabajo.—por el pctivo estéril del viejo camino,—ganando por Dios su limosna á destajo:—una vida perra que truncó el Destino.—Con el pctivo de la senda en el estío,—á empolvarlos llega tamo de las eras,—donde, siervos, trillan los del señorío—junto al libre paso de las carreteras.

Sus abuelos con su sangre cimentaron—estos campos de la patria en vana guerra,—pues con ella, los muy necios, remacharon—sin saberlo los grilletes de la tierra.—Donde wayan se tropiezan con un coto;—son libres de manos; mas de pies son siervos;—sólo tendrán propio para el cuerpo roto—una suesa que les guarde de los cuervos.—Mas el cielo en que le atasca al potentado,—en el ojo de la aguja, que es la puerta,—su grosura, cuando al pobre, resignado,—quien va en puros huesos, le resulta abierta.

Arrojaron á los vivos las ovejas—y á poblar van, desterrados, los desiertos—de la América, tragándose sus quejas,—y han arado el camposanto de sus muertos.

Mientras brotan de otro lado de los mares—de la raza, aquí ya seca, verdes ramos,—con las piedras que cifieron sus hogares—ha hecho cercas la codicia de los amos.

Hasta el cielo se elevaron agoreras—dos columnas de humo; sobre los huídos—la del harto buque; la de las hogueras—con que por ahorro rozaron sus nidos.

Huyen mozos, ¡los ingratos!, desertores—de este noble solar patrio, la hipoteca—que responde á los patriotas tenedores—de la Deuda que el sudor sobrante seca.

Y á los que ni pueden emigrar, ¡los pobres!,—la ciudad de las paneras da el asilo—que, ya muerto, con sus rentas Juan de Robres—levantó para ir al cielo más tranquilo.—Pues que al lado de aquel ojo de la aguja—hay portín secreto que abre llave de oro,—y á saber si allí también no es que le estruja—al que se lo cría quien guarda el tesoro.



¿Necesitan acaso comentario estas rimas en que se me han condensado las visiones y sentimientos que el espectáculo de esta tierra que se despoebaba me produjo? Si algo es la poesía respecto á la prosa es condensación expresiva, y eso debe bastarle. Mas como junto al hombre estético hay el sociológico—y no quiero con esto decir el social,—no estarán de más para ese inevitable hombre sociológico unos breves comentarios.

Digo de vana guerra. ¿Y por qué no hemos de decirlo si hablamos de vana gloria? Vana guerra es la que engendra vanaglorias, ó sea glorias vanas. ¿Y cuál más vana que la gloria adquirida por aquellos desgraciados que, al defender la llamada independencia patria, no defienden sino el privilegio de que la sigan explotando los detentadores de su suelo? En el fondo de nuestras últimas guerras civiles, ¿no se descubre el afecto del despojo de los bienes comunales y otros desamortizados?

Y digo de poner grilletes á la tierra. ¿Pues qué otra cosa es el derecho de abusar de la propiedad de ella? La tierra acotada es esclava, y mientras así sea ella no será de veras libre el hombre. Lo será de manos—tal vez para robar,—pero no de pies, porque dondequiera que vaya pisará tierra ajena. Una vez esclavizada, sea como fuere, la tierra, es muy fácil hablar de libertad de contratación, de arriendo y de trabajo. El pobre gañán tiene sus brazos libres, pero á los pies los grillos, que son las cercas de los cotos y dehesas.

Eso sí; les queda el cielo. ¡Bienaventurados los pobres! Es más difícil que entre un rico en el reino de los cielos que enhebrar un calabrote por el ojo de una aguja, ó hacer pasar un camello por él, como quiere otra lección. Mas los pobres que llegan al ojo de la aguja, que es la angostísima puerta del cielo, al cabo de escarpado y pedregoso senderillo entre dos simas, pasan ¡los bienaventurados! por ella. ¡Pues no han de pasar!

Y digo que los grandes propietarios de tie-



rra latifundiaría arrojan á los hombres de sus campos para sustituirlos con ganado, que les rinde más. Por eso se dijo en Inglaterra antaño, refiriéndose á lo que pasaba en dominios de la duquesa de Sutherland, me parece, que las ovejas se comían á los hombres. ¡Y aquí se dan duquesas y duques!

El cementerio del que fué hasta hace pocos años Municipio de Campocerrado—que ya desapareció como tal,—ha sido arado ya. ¡Y bien abonada que quedará aquella tierra! Y en otro pueblecito de esta provincia, Anaya de Huebra, el medio más sencillo y cómodo para rozar los hogares que dejaron abandonados los que de él fueron expulsados consistió en darles fuego. ¡Y en tanto el buque en que iban los emigrados marcaba su ruta con otro penacho de humo!

Se ha hablado mucho de naufragadores. Hay también emigradores.

Eso sí; á los que no pueden emigrar, les queda el asilo, porque, á Dios gracias, la caridad cristiana, sobre todo la póstuma y de ultratumba, es inagotable. Aquí, en esta ciudad llena de paneras y graneros en que se encilla el trigo de las rentas, se está levantando un asilo, debido á la munificencia de altratumba de un gran rentista, no rentero. Parte de las rentas con que se erige tan caritativo instituto proceden de un pueblecito, el Cubo de Don Sancho, la mitad del cual tendrá que emigrar si no se le da un día en renta la parte del término en que hoy pacen los ganados de dos solos renteros, mellizos ellos. Porque es sabido que un amo celoso de sus propios intereses prefiere dos solos renteros á medio pueblo de ellos, y aún cuando no le paguen más. Un colonó con mil cabezas de ganado rinde al amo más que diez colonos con cien cabezas cada uno, y éstos más que cien con sendas diez reses. Este es el interés del amo, naturalmente, y no del país, y el interés de todo instituto que se conduce como tal amo. Y luego, si ese medio pueblo no puede vivir porque le echa el ganado de los grandes renteros, le queda el recurso de meterse en el asilo que creó el gran rentista. Y es un sutil procedimiento de hacer, á la vez que el asilo, los asilados.

Dudé algún momento si suprimir la última estrofa de las rimas, estrofa en que alguien podrá ver un refinamiento de pesimismo y no sé si de impiedad. Pues lo terrible sería que, en caso de que esta nuestra vida tenga una continuación después de la muerte—y por mi parte así lo deseo con todo mi corazón, aunque no esté convencida de ello, ni parte siquiera, de mi cabeza,—que esa continuación lo fuese por completo, y que allí volviésemos á empezar. Pero de todos modos, ¡bienaventurados los pobres, porque de ellos será el reino de los cielos! Y ¡malaventurados los ricos, sobre todo si son mansos, esto es, astutos, porque ellos poseen la tierra!

Miguel de Unamuno.



LEGADO DE D. MANUEL GARCIA BLANCO



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES